

## **¿hay verdaderos historiadores en el antiguo Israel?**

José L. Sicre

### **Planteamiento del problema**

Cuando abrimos el Antiguo Testamento, una de las cosas que más impresionan es la cantidad de libros dedicados a contar el pasado, desde los orígenes de la humanidad hasta la rebelión de los Macabeos en el siglo II a.C. De hecho, la mayoría de los católicos sólo conocen episodios tomados de estos libros, y la instrucción bíblica de los niños se sigue concibiendo en gran parte como contar la "historia sagrada". ¿Significa que todos estos libros sean "históricos"? Así pensaban las generaciones pasadas. Las cosas no resultan tan claras actualmente.

Por ejemplo, quien abre la traducción de Cantera-Bover o la de Serafín de Ausejo advierte que en el apartado de "Libros históricos" se incluyen el Pentateuco y la serie tradicional de Josué, Jueces, Samuel, Reyes, Crónicas, Esdras, Nehemías, Rut, Tobías, Judit, Ester, 1 y 2 Macabeos. Sin embargo, el lector de la Biblia de Jerusalén verá que el Pentateuco no queda incluido entre los libros históricos. Y quien tenga la Nueva Biblia Española advertirá que de este apartado se excluyen también Rut, Tobías, Judit y Ester, que forman el bloque de "Narraciones".

La separación del Pentateuco de los otros libros podemos justificarla basándonos en la tradición judía, que traza una clara frontera entre "la Ley" y los "Profetas anteriores" (Jos, Jue, Sam, Re). Pero, a veces, lo que influye en esta separación no es la tradición judía, sino la conciencia de que estos libros tienen un valor muy distinto desde el punto de vista histórico.

Cosa que queda completamente clara cuando nos enfrentamos con los relatos breves de Rut, Tobías, Judit y Ester.

Por consiguiente, existe una conciencia de que el concepto de "libros históricos" debemos utilizarlo con menos frecuencia y amplitud de lo que antes se hacía. Pero es una conciencia tan difusa que conviene aclarar algo más las ideas. No ponemos en duda el valor histórico de muchos datos que ofrece el Antiguo Testamento; se trata de saber hasta qué punto podemos calificar esos libros de auténtica historiografía.

### Dos opiniones encontradas

En nuestros días es tarea frecuente, casi indispensable, reflexionar y escribir sobre la historia. En esto somos herederos de las culturas griega y bíblica. Pero el "sentido histórico", que aplica a los acontecimientos un esquema de causa y efecto y exige gran capacidad de captar la realidad, no estaba muy extendido entre los pueblos antiguos. John Wilson escribe: "Nosotros pensamos en términos de movimiento y continuidad de antecedentes y consecuentes, de causa y efecto (...) Para el hombre antiguo, los fenómenos observados no formaban parte de una cadena continuada, y sus antecedentes no se relacionaban con ellos ni eran significativos. Consideraba los fenómenos como destellos momentáneos de un universo intemporal e ilimitado, reino de los dioses, y, en consecuencia, sujeto siempre a la dirección y a la intervención divina (...) Y, puesto que el hombre antiguo carecía del sentido del tiempo, de la relatividad y de la causación impersonal, no era historiador. No sentía interés en retroceder a los orígenes para explicar un fenómeno y se contentaba con hallarle un origen divino. No le buscaba orígenes temporales, esforzándose después por seguir los acontecimientos hasta el presente, cronológica y sistemáticamente"<sup>1</sup>.

#### a) *Antes de Heródoto no hay historiografía.*

En esta línea, numerosos libros y artículos dan por supuesto que Israel no tuvo una auténtica historiografía, sino que ésta comenzó con los griegos, concretamente con Heródoto<sup>2</sup>. Es lo que ocurre en el artículo de la *Enciclopedia Británica*, que ni siquiera menciona la historiografía de sumerios, asirios, babilonios, hititas e israelitas. No sabemos si se debe a un concepto

---

<sup>1</sup> *La cultura egipcia*. Fondo de Cultura Económica, México 1972, págs. 15-16.

<sup>2</sup> Es probable que esta idea se deba, en gran parte, a que Cicerón llamó a Heródoto "patrem historiae" (*De Legibus* I,1,5). La consecuencia es obvia: si Heródoto es el padre de la historia, antes de él no pudo existir historiografía.

muy "científico" de lo que es la historiografía o a un desconocimiento del tema por parte del autor (más bien me inclino a lo segundo).

Otros, como Collingwood, en su obra "La idea de la historia"<sup>3</sup>, descartan toda la producción anterior a Heródoto calificándola de "cuasi historiografía"<sup>4</sup>. Collingwood parte de los siguientes principios: a) la historia es investigación; si no hay investigación no hay ciencia; b) el objeto de la historia son las "res gestae", "acciones de seres humanos que han sido realizadas en el pasado"; cuando se expongan "acciones de los dioses" no estaremos, naturalmente, ante auténtica historia; c) el método de la historia es interpretar la evidencia, los documentos que el historiador puede estudiar; d) la cuestión más difícil radica en saber para qué es la historia. "Mi respuesta es que la historia es para que el hombre se conozca a sí mismo". "El valor de la historia es, por consiguiente, que nos enseña lo que el hombre ha hecho y, de esta forma, lo que el hombre es"<sup>5</sup>.

De acuerdo con estos presupuestos, Collingwood niega que en Mesopotamia y en el antiguo Oriente se diese verdadera historia. Existió una cuasi-historia, que se ramifica en *historia teocrática* y *mito*. La historia teocrática difiere de la verdadera historia en que "sus afirmaciones no responden a preguntas, no son fruto de la investigación, sino mera afirmación de lo que el autor ya sabe" y en que las acciones que recuerda no son humanas, sino divinas. La diferencia entre la historia teocrática y el mito consiste en que éste "no tiene relación alguna con acciones humanas".

Estas dos formas de cuasi-historia dominaron el Oriente Próximo hasta la aparición de Grecia. Las escrituras hebreas contienen gran cantidad de historia teocrática y de mito. Lo que las diferencia de las del mundo ambiente es que en las literaturas orientales el elemento teocrático es particularista, mientras en el Antiguo Testamento es universalista. Incluso puede decirse que la peculiaridad de la leyenda hebrea comparada con la babilónica es que sustituye la teogonía por la etnogonía<sup>6</sup>.

---

<sup>3</sup> *The Idea of History*. Oxford 1946. Existe traducción española editada por el Fondo de Cultura Económica.

<sup>4</sup> Esta misma es la opinión de J.T. SHOTWELL, *Historia de la historia en el mundo antiguo*, FCE, México 1940, Madrid 1984, pág. 20: "La historia, en el sentido genuino de la palabra, comenzó con los griegos". Aunque reconoce la gran importancia de la historiografía mesopotámica y hebrea, a la que dedica una parte importante de su libro, la califica de "precientífica" (págs. 23s).

<sup>5</sup> *The Idea of History*, pp. 9-10.

<sup>6</sup> *O.c.*, p. 17.

### *b) La historiografía comienza en Israel.*

Frente a la opinión de Collingwood, otros muchos siguen la interpretación del gran historiador Eduard Meyer. En el primer volumen de su famosa "Historia de la antigüedad"<sup>7</sup> encontramos unas palabras que veremos repetidas por numerosos autores: "Una verdadera literatura histórica sólo se dio entre los israelitas y los griegos, y entre los primeros apareció muy pronto, comenzando con obras admirables"<sup>8</sup>.

Desde entonces, es opinión muy difundida entre los escrituristas que, aunque Egipto, Mesopotamia o el Imperio Hitita nos hayan legado gran cantidad de documentos con valor histórico, no llegaron a tener una auténtica historiografía. Sólo dos pueblos escribieron realmente historia en la antigüedad: los griegos y los israelitas<sup>9</sup>.

### **Tres principios de solución**

Afortunadamente, de esta batalla entre los partidarios de Grecia y los defensores de Israel todos podemos salir ganando, porque nos obliga a reflexionar sobre el tema con la mayor imparcialidad posible. Para ello me parece importante: 1) aclarar ciertos conceptos sobre historiografía; 2) no mitificar la historiografía griega; 3) no mitificar la historiografía bíblica.

#### *a) Aclarar ciertas nociones sobre historiografía*

Durante el curso 1974-75 se celebró en la universidad de Toronto (Canadá) un seminario de especialistas en culturas antiguas (asiria, babilónica,

---

<sup>7</sup> *Geschichte des Altertums*, empezada a publicar en 1910, y que no pudo terminar de revisar a causa de su muerte repentina en 31 de agosto de 1930.

<sup>8</sup> O.c. I,1 (1910) pág. 227. En la segunda parte del segundo volumen desarrolla más detenidamente este tema al hablar de la literatura de la primera época de la monarquía (II,2, págs. 281-286). Utilizo la segunda edición (1931), revisada por el mismo Meyer y terminada tras su muerte por Stier.

<sup>9</sup> Véase lo que dice Gunkel: "La historiografía del antiguo Israel, en la que se une una admirable objetividad con un arte narrativo asombroso, merece los mayores elogios". En todo Oriente no se dio nada parecido. Cf. GUNKEL, H. *Geschichtsschreibung im Alten Testament*: RGG II (1910) 1348-54; 2 ed. II (1928) 1112-15. La idea de que sólo en Israel y Grecia se encuentra auténtica historiografía la defienden también G. von RAD, *Los comienzos de la historiografía en el antiguo Israel*, en *Estudios sobre el Antiguo Testamento*, Sígueme, Salamanca 1976, págs. 141-176 y H. SCHULTE, *Die Entstehung der Geschichtsschreibung im alten Israel*, BZAW 128, Berlín 1972. En este "desprecio" de la historiografía mesopotámica, egipcia, e incluso hitita, juega un papel la acusación de ser pueblos con una mentalidad cíclica, que les impide tener una visión lineal de la historia, la única adecuada.

hitita, egipcia, israelita, griega) sobre el tema de la historiografía entre los pueblos del antiguo Oriente Próximo. Los resultados de algunos de estos estudios se publicaron en la revista "Orientalia". Y cuando John W. Wevers hizo la presentación de los mismos reconoció que ninguno de ellos tenía una noción clara de lo que es historia, aunque se sentían capaces de decir cuándo un texto tenía valor histórico<sup>10</sup>.

Esta anécdota revela la dificultad del tema. Hablar de historiografía es hablar de historia, y la historia puede entenderse y escribirse de formas muy distintas. Con vistas a emitir un juicio sobre la historiografía bíblica conviene no olvidar los siguientes datos:

\* *Cualquier hecho pasado puede ser objeto de la historiografía.* Digo esto porque entre los especialistas de la Biblia existe desde Gunkel una tendencia a vincular la historiografía con la vida política. Y en ámbitos extrabíblicos también algunos consideran que sólo los hechos relevantes pueden ser historiadados. En esto hay mucho de verdad. Pero no puede absolutizarse la idea. Para que se dé auténtica historiografía no es preciso que el autor trate un problema político<sup>11</sup>. Por ejemplo, la *Anábasis* de Jenofonte no se centra en el mayor acontecimiento político de la época, la derrota de Ciro en Cunaxa, con las repercusiones que esto tuvo para el imperio persa, sino en las vicisitudes de los diez mil griegos que participaron en la batalla durante los quince meses que duró su vuelta a Grecia. Más aún, la genialidad del historiador puede consistir en descubrir la relevancia de un episodio a primera vista intrascendente.

\* *Los hechos deben ser considerados y presentados como parte del proceso de desarrollo social, no como hechos aislados.* "Hechos históricos son aquellos que forman parte de la gran corriente de relaciones mutuas que es el tiempo"<sup>12</sup>. (El no tener en cuenta este principio será uno de los grandes defectos de las sagas de héroe, que constituyen uno de los primeros pasos de la historiografía de Israel).

---

<sup>10</sup>Cf. J.W. WEVERS, *Histories and Historians of the Ancient Near East: Preface*: *Orientalia* 49 (1980) 137-139, ver pág. 139.

<sup>11</sup>"Si tratamos de limitar (...) el término a algún tipo determinado de actividad humana, como, por ejemplo, la política, dejamos fuera campos en los cuales la expresión del espíritu humano ha sido con frecuencia de importancia mayor, los de la cultura y las ideas, la literatura, el arte, la ingeniería, la educación, la ciencia o la filosofía. ¿Por qué no, pues, evitar confusiones aceptando como historia todo el pasado de la humanidad? (J.T. SHOTWELL, *La historia de la historia en el mundo antiguo*, pág. 19).

<sup>12</sup>SHOTWELL, O.c., pág. 19.

\* *Sólo los hechos pasados constituyen el objeto de la historiografía.* Un tema inventado, aunque sea completamente verosímil, impide que podamos considerar la obra como histórica. Imaginemos un relato sobre las vicisitudes de quinientos colonos que marchan hacia el lejano oeste americano en la segunda mitad del siglo XIX. Puede ajustarse a la realidad en grado sumo. Pero, si lo que cuenta no ha ocurrido, no estamos ante una obra histórica. Este criterio, que parece elemental, es importantísimo para emitir un juicio sobre la historiografía bíblica. Si muchos autores no incluyen el Pentateuco entre los "libros históricos" es posible que, consciente o inconscientemente, se deba a que consideran "inventados" gran parte de los hechos que cuenta.

\* A pesar de lo anterior, al menos en el mundo antiguo, *una obra auténticamente historiográfica puede contener hechos no ocurridos*, frutos de la imaginación popular o de la creatividad literaria o mítica<sup>13</sup>. Ya que se acostumbra a considerar a Heródoto el "padre de la historia", tomemos un ejemplo de él. De los tres raptos que menciona al comienzo de su obra, dos de ellos son sin duda de origen mítico (el de Io, hija de Inaco, y el de Europa). El que Heródoto racionalice el mito (como afirma Carlos Schrader en una nota de su excelente traducción) no cambia nada, porque el hecho sigue siendo inventado<sup>14</sup>. Por consiguiente, al menos en la historiografía antigua, la inclusión de acontecimientos ficticios no impide que una obra sea auténtica historiografía. Pero esto debe tener ciertos límites, porque de lo contrario no podríamos distinguir entre una obra histórica y una novela. Ese límite pienso que viene dado por la orientación general de la obra y por la actitud crítica del autor.

---

<sup>13</sup>Recuérdese lo que decía Croce: "No ha de ser juzgada una obra histórica por el mayor o menor número y veracidad de los hechos que contenga, aunque sólo fuera por la evidente razón de que hay colecciones de hechos, muy copiosas y veraces, sin ser claramente historias, y otras, brillantes de entendimiento histórico, pero pobrementemente equipadas en cuanto a información, o aun sembradas de hechos inseguros, legendarios o fabulosos". B. CROCE, *La historia como hazaña de la libertad*, FCE, México 1942, pág. 8.

<sup>14</sup>Intervenciones de dioses y relatos fabulosos son también frecuentes en Heródoto. Por citar sólo unos ejemplos del Libro I, la divinidad castiga a Cresos (I 34; 45,2), inspira acciones a Anfilito de Acarnania (I 62,4), Afrodita castiga a los escitas (I 105,4), los dioses ofuscan a Astiages (I 127,2), etc. En cuanto a relatos fabulosos, recuérdese del de Arión y el delfín (I 23-24), el del león de Sardes nacido de una concubina de Meles (I 84,3), el "milagro" de Cresos (I 87,1-2), la descripción de Ecbatana (I 98,4-6), el fin de los escitas (I 106,2), el nacimiento de Ciro (I 107-113) y su infancia (I 114-122), etc. Sin embargo, debemos reconocer que Heródoto, a diferencia de los autores bíblicos, se cubre casi siempre las espaldas con frases como "según cuentan los lidios", "al decir de los corintios", "al decir de los persas". Un buen historiador podía considerar importante recordar estos relatos, aunque él no compartiese sus puntos de vista.

\* *Esta actitud crítica es esencial para que se dé auténtica historiografía.* Según Shotwell, la historia surge en Grecia cuando, superada la creación puramente artística de la épica, “comenzaron con sobriedad y mesura a criticar sus propias leyendas, a ver si eran ciertas. Antes del siglo VI a.C., que sepamos, ninguna mano crítica había intentado seleccionar los datos del pasado, empujada por la *voluntad de descreer*. Esta actitud revolucionaria, tan afortunada en averiguar *lo que no había ocurrido como lo que había ocurrido*, señala la aparición del espíritu científico en el gran arte de narrar los hechos. La historia en su sentido estricto es la combinación de las dos cosas”. Inicialmente, la palabra “historia” significa “investigación”; “no significa un relato, sino la busca del conocimiento y de la verdad”<sup>15</sup>.

\* Como queda dicho en el apartado anterior, *la historia es a la vez una ciencia y un arte*. Ciencia, porque investiga; arte, porque narra. Ambos elementos parecen contradecirse y, como dice Shotwell, “el método de investigación del historiador parece con frecuencia debilitarse en la medida en que aumenta su retórica”<sup>16</sup>. Pero esto no significa que un expositor interesante y ameno no sea un buen historiador.

## 2) *No mitificar la historiografía griega*

No se trata ahora de esbozar, ni ligeramente, la historiografía griega, ni de poner de relieve sus numerosos méritos. Aunque resulte injusto, nos interesa recordar algunos de sus fallos, a fin de no aplicar a la historiografía griega y a la israelita “dos pesas y dos medidas”. Quien mejor puede ayudarnos a ello es el mismo Collingwood. Hablando de Heródoto y Tucídides afirma: “Los elementos legendarios, teocráticos o míticos, no faltan por completo en las obras clásicas de los historiadores del siglo V. En su *Thucydides Mishistoricus* (Londres 1907), F.M. Cornford llamó la atención sobre la existencia de tales elementos incluso en el cuadriculado y científico Tucídides. Llevaba razón; y elementos legendarios parecidos son notoriamente frecuentes en Heródoto”<sup>17</sup>. Más adelante, el mismo Collingwood subrayará la falta de historicidad de los discursos de Tucídides, al que incluso llega a considerar un renovador de la típica “tendencia antihistórica” de los griegos<sup>18</sup>.

<sup>15</sup> *La historia de la historia*, pág. 20s. Subrayado mío. Sobre el método crítico en la historia es muy interesante M. BLOCH, *Introducción a la historia*, págs. 75-117.

<sup>16</sup> O.c., pág. 22. Sobre el arte de la exposición histórica véase G. BAUER, *Introducción al estudio de la historia*, Barcelona 1944, págs. 513-515. Sobre las relaciones entre Historia y Literatura, C.M. RAMA, *Teoría de la historia. Introducción a los estudios históricos*, págs. 26-33.

<sup>17</sup> *The Idea of History*, p. 18.

<sup>18</sup> O.c., p. 29-30. Cicerón tampoco mostraba mucha estima de los discursos de

Por otra parte, también el método de los historiadores griegos tiene sus limitaciones, ya que se basa en su idea de la evidencia histórica, a la que se identificaba con el "informe de hechos dado por testigos oculares de esos hechos"<sup>19</sup>.

Como consecuencias negativas de este método podemos indicar:

\* *limitaba la perspectiva histórica del historiador*, ya que su obra no podía extenderse más allá de lo que permitía la memoria viva; es cierto que cuentan cosas de un pasado más remoto, pero tan pronto como los historiadores griegos intentan remontarse más atrás los resultados son mucho más débiles y precarios. Por ejemplo, no debemos engañarnos pensando que lo que Heródoto nos cuenta sobre el siglo VI, o Tucídides sobre los sucesos anteriores a la Pentecontaetia tengan algún valor científico. Desde nuestro punto de vista, estas historias antiguas de Heródoto y Tucídides son muy interesantes, pero son simple logografía, y no científicas<sup>20</sup>.

\* *el método del historiador griego le impide elegir su tema*, sólo puede escribir sobre los sucesos ocurridos en tiempos de la gente con los que ha estado en contacto personal.

\* *el método histórico griego impide que las diversas historias particulares sean reunidas en una historia global*. Su obra no puede ser reescrita, ni criticada, ni inserta en un conjunto más amplio, porque es como una obra de arte, de carácter único, individual, como una estatua o un poema. Por consiguiente, para los historiadores griegos nunca pudo existir algo así como una historia de Grecia.

Estos datos, ofrecidos por quien defiende que la historia científica comienza en Grecia, son importantes para no supervalorar la historiografía griega y, al mismo tiempo, para comprender ciertos fallos de la israelita.

---

Tucídides. Decía de ellos que contienen "tantos pensamientos oscuros y enrevesados, que a duras penas pueden entenderse, defecto el más grave cuando se habla en público" (*Orat.*, 9).

<sup>19</sup> *O.c.*, p. 24.

<sup>20</sup> La distinción que aquí establece Collingwood, como él mismo reconoce, se basa en la perspectiva del hombre del siglo XX. Probablemente, Heródoto tenía la misma conciencia de historiador (= investigador) cuando escribía sobre el siglo VI o incluso sobre siglos anteriores que cuando lo hacía sobre su propia época. Una cuestión distinta es la seguridad que sintiese a propósito de lo que afirmaba en cada caso. En cuanto a Tucídides, lo que afirma sobre sus discursos no puede ser más sintomático: piensa que está haciendo auténtica labor de historiador, aunque nosotros (y Collingwood) pensemos que se los inventa, y de la manera menos convincente.

### *c) No mitificar la historiografía de Israel*

La estima que podamos sentir por la Biblia no debe hacernos perder la cabeza en una cuestión puramente científica como ésta. A cualquier historiador antiguo lo juzgamos con imparcial severidad si es preciso, sin dejarnos engañar por sus buenas intenciones.

Si el libro de los Jueces enmarca todos los relatos en un cuadro rígido, archirrepetido, de pecado, castigo divino, conversión y perdón, debemos descalificarlo automáticamente desde el punto de vista histórico. La historia no es tan rígida, en ningún sentido. El redactor no logrará convencernos ni de que en vida del juez el pueblo era fiel a Dios ni de que, en cuanto moría, se pervertía por completo. Un pueblo de este tipo nunca ha existido. Un caso semejante lo tenemos en el autor de los dos libros de las Crónicas. Se discute hasta la saciedad sobre el valor de los datos nuevos que aporta. Pero, en cualquier hipótesis, el Cronista no es historiador. Basta ver cómo falsea la figura de David, suprimiendo todo lo que sus fuentes (los libros de Samuel) decían sobre las debilidades y fallos del rey, y convirtiéndolo en un personaje exclusivamente preocupado por el culto. El Cronista pudo ser un magnífico ideólogo, pero nunca podremos considerarlo un historiador.

Pero la mayor mitificación de la historiografía bíblica procede de quienes se empeñan en considerar historia científica, absolutamente digna de crédito, lo que el mismo autor está presentando como interpretación. Es el caso de los libros de los Reyes, donde el redactor hace referencias continuas a sus fuentes (los Anales de los Reinos de Judá y de Israel), para que las consulte quien desee "más datos" sobre el rey correspondiente. Lo que a él le interesa es ofrecer una valoración de cada rey de acuerdo con unos criterios muy estrictos de fidelidad a la ley deuteronomica. No olvidemos que la tradición judía da a los libros de Josué, Jueces, Samuel y Reyes el nombre de "Profetas anteriores"; para ella, el valor esencial de esos libros radica en su aspecto profético, no en el histórico.

La mejor forma de no mitificar la historiografía de Israel es advertir los distintos géneros literarios que utiliza y las diversas concepciones —incluso teológicas— que ofrece. Aunque sea muy brevemente, nos referiremos a las tres principales concepciones.

#### *1. La historiografía épico-sacral.*

Es lo más lejano de un enfoque moderno, y lo más cercano a lo que llama Collingwood "historia teocrática". Sus rasgos fundamentales los detectamos en las llamadas "sagas de héroes", narraciones centradas en un

personaje famosos por sus hazañas militares. Los autores que nos transmitieron estas sagas (primero oralmente, luego por escrito) carecen de una visión profunda de la historia: les falta un análisis serio de los factores económicos, políticos o sociales; son incapaces de captar una relación de causa y efecto entre los diversos acontecimientos; a su obra le falta unidad y continuidad. En definitiva, las sagas de héroes no son más que un conglomerado de relatos individuales. Transmiten a veces noticias de gran valor histórico, pero carecen de una concepción auténtica de la historia.

Esta historiografía épico-sacral no se encuentra sólo en dichas sagas; aparece también en numerosas páginas del Pentateuco y de los restantes libros históricos. Tomando el material en conjunto, podemos indicar dos rasgos fundamentales:

Primero, *la tendencia a exagerar los datos*: número de soldados, dificultades casi insuperables, cantidad del botín conquistado, etc. Segundo, *la afición a introducir milagros*. Quizá sería más exacto decir que estos autores no conciben que la historia marche adelante sin una serie de intervenciones directas de Dios. De hecho, el Señor siempre ocupa el primer plano, por encima del héroe o del protagonista.

Esta forma de concebir la historia y de escribirla es típica de los primeros siglos de Israel, pero sigue dándose en tiempos posteriores, incluso hasta el siglo II a.C. Como ejemplos concretos de este tipo de historiografía aconsejo la lectura de Jue 7,1-8,3; Is 37,36 (comparándolo con Is 37,37-38); 2 Mac 3,24-30.

## *2. La historiografía profana.*

Frente a la postura anterior, que introduce el milagro como elemento esencial de la historia, nos encontramos aquí con una actitud totalmente opuesta. La historia se desarrolla según sus fuerzas inmanentes, dirigida por la voluntad de los hombres, arrastrada por sus pasiones y ambiciones, sin que en ningún momento se perciba una intervención extraordinaria de Dios. Este enfoque lo encontramos también en tiempos muy antiguos.

No se puede comparar a estos historiadores con los actuales, pero se encuentran mucho más cerca de nosotros que los de la anterior concepción. Véase, por ejemplo, el modo en que se cuenta un episodio tan importante de la historia de Israel como la división del reino a la muerte de Salomón (1 Re 12). O compárese la batalla de Gedeón contra los dos reyes madianitas

(Jue 8,4ss) con el capítulo anterior (Jue 7), ejemplo típico de la postura épico-sacral. Para algunos, la producción más perfecta de este tipo de historiografía es la "Historia de la sucesión al trono de David" (2 Sam 9-20; 1 Re 1-2). Shotwell muestra gran estima de las "Memorias de Nehemías": "El restaurador de Jerusalén no se hace eco de los ampulosos elogios de los reyes asirios al relatar sus grandes hazañas. Por el contrario, parece haber mantenido una apreciación especialmente sensata de la proporción de las cosas. Su sentido de la importancia de lo que está haciendo no oculta el hecho de que tiene que vérselas con pequeñas tribus vecinas, que lo echarían todo a rodar si él se atreviera a penetrar en alguna de sus villas. El detalle corriente eleva el relato hasta esa zona del realismo a que tan sólo los escritores auténticamente grandes pueden atreverse a penetrar sin perder su autoridad"<sup>21</sup> Y un juicio parecido le merece 1 Mac: "Hay, por último, una espléndida pieza de historiografía en ese cuerpo considerable de la literatura judía que no está incluido en el Antiguo Testamento tal como lo conocen los lectores protestantes. El primer libro de los Macabeos es un relato conmovedor de los días más heroicos de la nación judía, relato sincero tomado de testigos presenciales y de fuentes escritas, de la gran guerra de liberación iniciada por Judas Macabeo (...) La historia de esta hazaña está narrada con escrupulosidad científica, y con una minuciosidad de detalle y exactitud en la información que la sitúa muy alto entre cualquiera de las historias de la antigüedad"<sup>22</sup>.

### 3. *La historiografía religioso-teológica.*

El tipo de historiografía que predomina en el Antiguo Testamento es el religioso-teológico. Los autores o redactores han dedicado un enorme esfuerzo a recopilar datos del pasado y a ofrecerlos desde un punto de vista que no es —ni pretende serlo— el del historiador imparcial, sino el del teólogo con un mensaje que transmitir y unas ideas que inculcar. Naturalmente, los puntos de vista varían según las épocas y los autores (profetas, sacerdotes). Sólo la común preocupación teológica permite que los englobemos en el mismo apartado, que abarca las grandes obras "históricas" de Israel, como la Historia deuteronomista (Jos Jue Sam Re), la Historia Cronista, y —si admitimos la teoría tradicional sobre el Pentateuco— la producción del Yahvista (J), el Elohista (E) y el Sacerdotal (P).

Al servicio de su idea o su mensaje, estos autores no tienen inconveniente alguno en prescindir de hechos de gran interés histórico para nosotros, o in-

---

<sup>21</sup> *Historia de la historia*, p. 148.

<sup>22</sup> O.c., 150.

cluso en falsear los acontecimientos o deformarlos. Pero su ingente trabajo nos hace pensar que eran personalidades enormemente creativas, especialmente dotadas para la exposición histórica. Tenemos la impresión de que, si no fueron grandes historiadores, en el sentido técnico del término, no es porque no pudieran, sino porque no quisieron. Así se explica ese extraño fenómeno, que Shotwell ha expresado de forma genial: "Fueron los deformadores de la historia hebrea quienes hicieron que esa historia valiera la pena"<sup>23</sup>.

Aunque de estas tres concepciones se pueden indicar ejemplos concretos, como hemos hecho, sería absurdo querer diseccionar las páginas de la Biblia repartiéndolas entre ellas. El resultado final ha sido una amalgama de las tres posturas. En ciertos momentos predomina la primera, en pocas ocasiones la segunda, en gran parte la tercera. En definitiva, cada autor, con su mentalidad, intentó dejar claro a sus contemporáneos que el pasado no es algo accesorio, que conviene tenerlo siempre presente ("el que no aprende la lección de la historia corre el riesgo de volver a repetirla", dirá Santayana).

### Conclusiones

Nos preguntábamos si se dio en Israel historiografía "científica". Dicho de otro modo, si podemos calificar de "históricos" los libros de la Biblia que acostumbra clasificar en este apartado. Después del recorrido anterior indicaría lo siguiente:

a) Si por sentido histórico se entiende, como dice Wilson, tener "sentido del tiempo, de la relatividad y de la causación impersonal" o, como dice Shotwell "ver las cosas en relación con otras, tanto en el espacio como en el tiempo"<sup>24</sup>, en Israel hubo historiadores que poseyeron esta cualidad<sup>25</sup>. No me atrevería a decir si fueron muchos o pocos. Lo que sí podemos afirmar

---

<sup>23</sup>O.c., p.152.

<sup>24</sup>*Historia de la historia*, pág. 19.

<sup>25</sup>En este punto no estoy de acuerdo con North, que niega la existencia en Israel de una literatura histórica científica o genética, que relaciona los acontecimientos con los movimientos socio-económicos y espirituales. Si tenemos en cuenta las limitaciones inevitables en los análisis políticos y socio-económicos de entonces, no cabe duda de que algunos autores tenían muy en cuenta estos factores. North sólo admite en Israel una literatura histórica narrativa o descriptiva (cuya forma más simple son los Anales y cuya obra más completa es la "historia cortesana" de David) y la didáctica o pragmática (representada por la mayor parte del AT y, concretamente, por la Historia deuteronomista. Cf. C.R. NORTH, art. *History* en *Interpreter's Dictionary of the Bible* II, 607-612.

es que su obra terminó, generalmente, inmersa en un conjunto redactado con poco sentido histórico. Pero este hecho no debe falsear la verdad.

b) Lo mismo puede decirse de la actitud crítica ante las fuentes. Es cierto que los redactores se limitan a recopilar y empalmar; nunca encontramos un toque de atención, una advertencia sobre la mayor o menor fiabilidad de la tradición. Pero sí constatamos en la Biblia una actitud crítica ante la fuente última de los hechos históricos, es decir, ante las personas. En todo el mundo antiguo (y gran parte del moderno) no creo que haya postura más crítica que la de 2 Sam 9-20 con respecto a David. Ni la concepción más sagrada de la realeza atemoriza al autor o le impide denunciar al monarca. Si, como dice Shotwell, la historia científica consiste en "buscar la verdad y decirla sin miedo ni servilismo"<sup>26</sup>, el autor de estos capítulos es uno de los mayores historiadores del mundo antiguo. No olvidemos que hace falta más espíritu crítico para criticar a un rey que para criticar una leyenda homérica.

c) Sin embargo, sería ingenuo considerar "históricos", en el sentido más estricto del término, a la mayoría de las obras del Antiguo Testamento. Porque, como hemos indicado, la mayoría de los autores no pretendió escribir una historia científica. Es posible, casi seguro, que algunos de ellos estuviesen capacitados para esa empresa. Pero probablemente ni siquiera se la plantearon. Para ellos lo principal no era investigar el pasado, para descubrir la verdad de lo ocurrido, sino interpretarlo a la luz de las necesidades y angustias del presente.

En el fondo, debemos estar de acuerdo con quienes piensan que la "historia científica" comienza en Grecia, si por ello entendemos una producción amplia e importante (al estilo de los nueve libros de la historia de Heródoto). Lo que sería injusto es negar a ciertos autores de Israel una auténtica mentalidad histórica y unas cualidades magistrales para exponer el pasado.

**José L. Sicre**

---

<sup>26</sup>O.c., p.111.